

Eurídice

(Aria de Peri, en un bosque).

Éste es el pino verdadero
quemado por el falso otoño de las lámparas
detenido en la estatua de sí mismo
y su vigor en el verano
lánguidamente juega
con el oro precoz de la fatiga.

Éste es el pino encandelado
en el centro del bosque por las lámparas
de alguna escena en que no hay nadie
éste es el pino preferido
raíz y extrema flor de la misma esbeltez
y no lo mueve el aire de la noche

sino lo mueve el aire de la música
por sus destellos anda en las trenzadas hojas
como guirnaldas por el aire
de la más quieta noche en cuatro continentes.

Éste es el pino ya asomado
a alguna escena en que no hay nadie
la música se evade una vez y otra vez
entre columnas de los pinos
y su rigor de nuevo mide,
entre las verdes superficies lisas
busca amarillas islas de otoños escondidos.

La música de antiguos bosques viene
y su espiral rodea el pino preferido
el alto árbol de leonados tonos.
Él camina por ella
hacia los pinos sucesivos.

Al comenzar la música los pinos oyen rectos.
Como si se inclinaran
luego ligeramente se mueven hacia atrás
El uno al otro sigue
hasta el final de la arboleda
que el verano desea y no fulmina

y reina es del que reina en mitad de la noche.

Aligerada va la música
abre un camino a la alegría
en la inocencia de la tierra
a la alegría fugitiva
que juega espera y no presente
a la alegría ya perdida.

Cuando el músico espera aquélla que no viene
como si la encontrara, ha de llegar la ausente
joven la sangre el sueño joven
criatura de amor habita el bosque entero
sobre el tiempo y el mar innumerables ojos
la acercan lentamente al aire de la música,
ella las hojas mueve y respira de nuevo.

Los enlazados incesantes ojos
una vez y otra vez la encuentran y la pierden
la ausente llega y su sonrisa vive
en las miradas sucesivas,
una tras otra avanzan, sin ruptura
atraviesan el tiempo como si fuera el mar,

la que encontraron y perdieron
corre al encuentro de los grandes árboles

hermanos del bosque antiguo
y sólo baila la que muere,
alrededor del alto pino.

La luz última y fija atraviesa en lo oscuro
el musgo espeso de la noche
para indicar el mapa de algún cielo no visto
y para extraños ojos ya trazado.

En el insecto centellea
la luz y algún perdido brillo
alarga sobre el musgo breve
los tibios cielos fugitivos.